



Se lee en 7 mins

[Cerrar sesión](#)



Recorriendo los Márgenes (II)

De retratos y viajes



JORDI COSTA

26 de diciembre de 2014

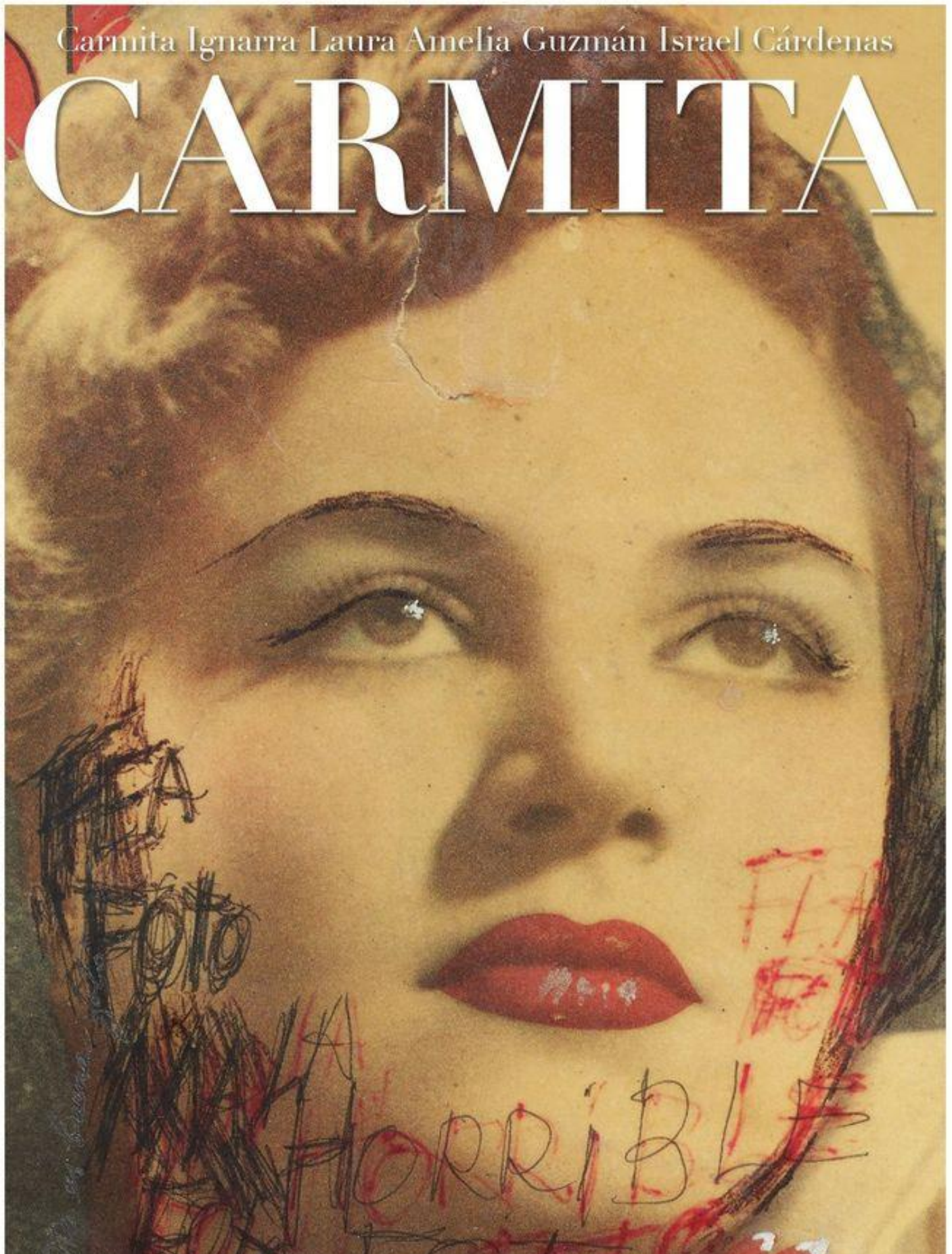
Dos fotos separadas en el tiempo marcan la distancia abismal entre la posibilidad y la derrota en “El gran vuelo” de Carolina Astudillo, una de las tres propuestas de la sección oficial de la cuarta edición del festival Márgenes que ejercitan el difícil arte del retrato. En este caso, un retrato entendido casi como investigación forense y como invocación espiritista a partir de unos rastros mínimos: esas dos fotografías y las cartas confiscadas de una resistencia en la clandestinidad. En este caso, la mujer del cuadro es Clara Pueyo Jornet, militante del partido comunista, motor de misiones solidarias y fuerza motriz en la reestructuración del PSUC, condenada a muerte que se escapó de la cárcel de Les Corts por la puerta principal para desaparecer sin dejar rastro.

La primera es una fotografía de estudio, que muestra a Clara Pueyo con aires de precoz femme fatale revolucionaria. La segunda es una fotografía en presidio, junto a otras condenadas: Clara es la única que no sonrío, su rostro está apagado y su fulgor parece vencido, pero es una falsa pista, porque ahí no estará (todavía) el punto y final de una vida en fuga capaz de cuestionar los roles de género impuestos no sólo por el orden social de la posguerra, sino también por las mecánicas disciplinarias y a menudo paranoicas de un partido que prolongaron, por otros medios, el cuestionamiento del papel de la mujer como herramienta de cambio y revolución en plena contienda. Astudillo, cineasta de origen chileno afincada en Barcelona y largamente comprometida con el rescate de la memoria escondida, se enfrenta aquí a un reto formal considerable: reconstruir el recorrido de una identidad esquivada sin otros asideros que esas dos fotografías y el texto de algunas misivas escritas en la clandestinidad. Su solución al problema pasa por echar mano de material ajeno –películas de la época, filmaciones amateurs y familiares– logrando algo tan complejo como dar entidad y continuidad a esa pesquisa sobre una fantasmagoría y, al mismo tiempo, elaborar un discurso crítico sobre esas imágenes

recicladadas. Entre los muchos picos de brillantez de este trabajo figura una reflexión sobre la puesta en escena de las películas familiares rodadas por la burguesía francesa y sus decisiones sobre la ubicación en el plano de las criadas: la lucha de clases como una cuestión (también) de encuadre. En otro instante, la película muestra cómo la guerra infectó incluso los juegos infantiles, a través de las imágenes de unos niños que representan una escena bélica rematada en una inquietante auto-inmolación final. “El gran vuelo” logra vencer en su pulso contra el olvido: invoca al fantasma y, si bien no logra encarnarlo, sí revive su capacidad de cuestionamiento no sólo de los discursos de poder dominantes, sino también de los protocolos coercitivos en el seno del propio entorno revolucionario. La película habla también de vida privada, de la difícil gestión de los afectos cuando alguien ha escogido, por así decirlo, el ingrato y solitario camino del samurái.

“África 815” de Pilar Monsell construye su retrato a partir del diálogo paterno-filial. La cineasta escucha un sueño apocalíptico de su padre, el médico Manuel Monsell, antes de explorar sus memorias y sus fotografías personales y lo que surge de ahí es el particular viacrucis íntimo de una vida escindida entre la realidad y el deseo. Homosexual, Manuel Monsell encontró su particular Arcadia en el Sáhara, el territorio en el que empezaría a definirse su utopía sentimental de una vida en plenitud que podría haberse encarnado en uno de esos nuevos modelos de familia que, por aquel entonces –la España del desarrollismo–, se antojaban pura imposibilidad. Monsell se casó y tuvo tres hijos, pero no tardó en entender que ese proyecto de vida marcado por el espejismo social estaba condenado al fracaso. Vitalista irredento, Monsell no dejó de buscar el amor ideal, pese a ir cobrando progresiva conciencia de que, para la mayoría de sus jóvenes amantes marroquíes, él no era más que instrumento coyuntural para alcanzar el sueño de Europa. “África 815”, merecedora del premio Exhibición, patrocinado por los cines Zoco Majadahonda, en el palmarés del festival, es una película delicada y conmovedora, donde impresiona la franqueza y sinceridad con que padre e hija exploran la intimidad del primero. Supone este crítico que todo obedece a decisiones personales y afectivas planteadas en el círculo familiar, pero se echa de menos en este retrato una mayor presencia y definición de una figura que aparece en plano pero no cobra cuerpo en el discurso: la esposa del protagonista y madre de la cineasta. El momento en que Pilar Monsell utiliza una escena de “El ladrón de Bagdad” (1940) de Michael Powell, Ludwig Berger y Tim Whelan para reflejar la vida onírica de su padre es una decisión tan temeraria como, finalmente, acertada: una solución narrativa brillantemente ejecutada. La conversación final entre padre e hija contemplando el horizonte mientras aparecen los créditos finales fija, a la perfección, el tono general de este recorrido a través de la memoria afectiva de un individuo capaz de articular con lucidez su pulso interior por conquistar una felicidad a la contra de los discursos

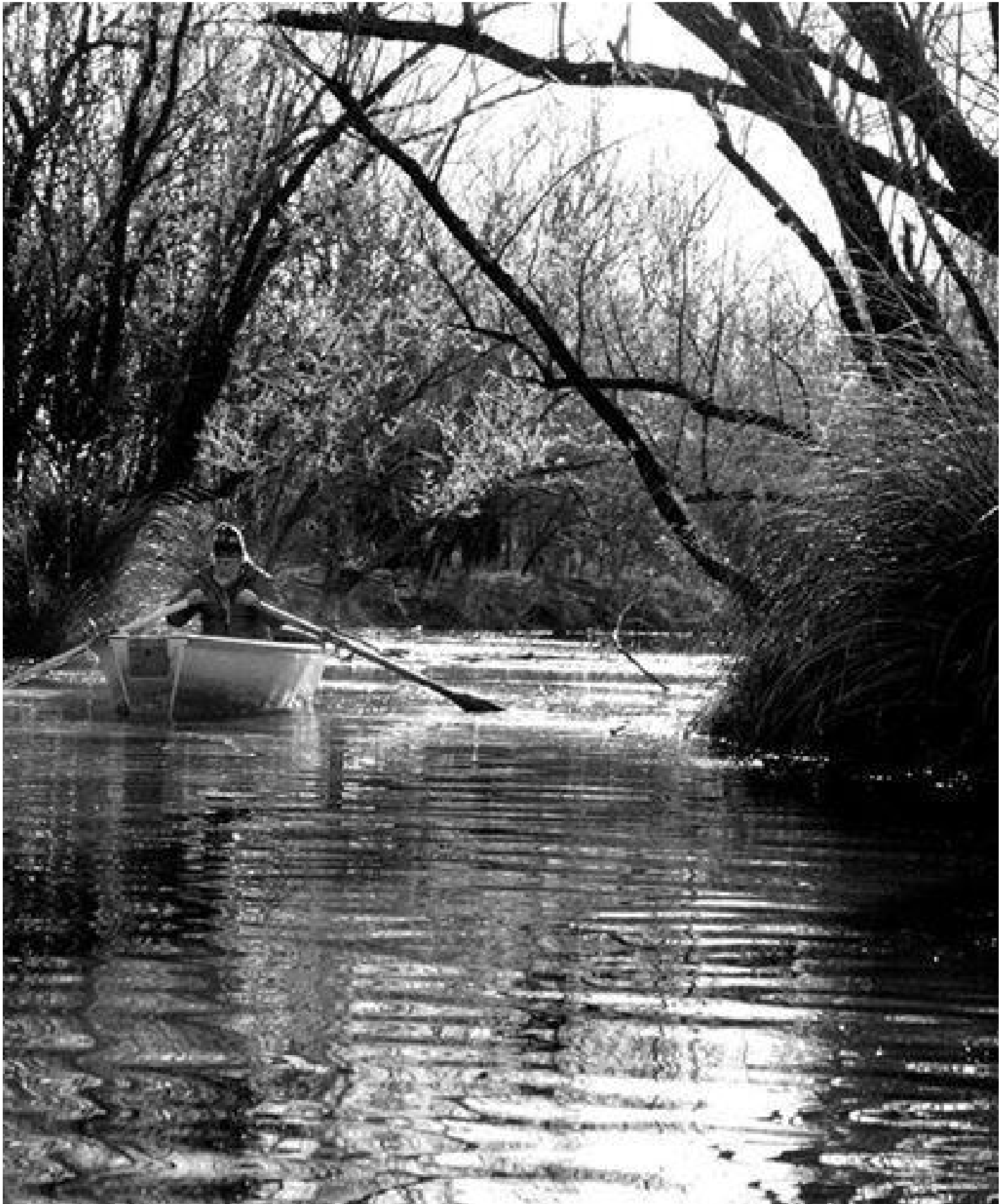
consensuados.





Ganadora de la mención especial patrocinada por Pequerrecho Subtitulación, “Carmita” de Israel Cárdenas y Laura Amelia Guzmán es un retrato al natural de una estrella anómala: Carmen Ignarra, fugaz estrella del cine mexicano de los 60 forzada al retiro por el conflicto con la vanidad de su esposo productor y, según se infiere de algunos de los recortes de prensa que se muestran en el metraje, también por los vaivenes personales de un talante excéntrico. La pareja de documentalistas muestra a la actriz, octogenaria, en su mansión en ruinas, gestionando el recuerdo de un efímero pasado glorioso, contestando e-mails de sus fans y ajustando cuentas con el recuerdo de ese marido que cortó de raíz todas sus posibilidades de consolidación profesional. Laura Amelia Guzmán ejerce de confidente y ayuda de cámara en esta suerte de versión cotidiana e hiperrealista de “El crepúsculo de los dioses” (1950) que se fractura al llegar a una inesperada explosión de violencia que enfrenta a las dos interlocutoras y que a este crítico se le antojó algo forzada y un tanto inverosímil. Cantinflas, Tin Tan, Michelangelo Antonioni y Diego Rivera se manifiestan en los recuerdos de esta mujer que se emociona recitando a Amado Nervo y que confiesa haber destruido su vida en todos los aspectos. De origen cubano, tataranieta de Eusebi Güell –quien fuera valedor de Gaudí–, Carmen Ignarra parece habitar un universo más grande del que finalmente encierra “Carmita” en esa crepuscular Jaula de Oro.





“El rostro” del argentino Gustavo Fontán armoniza imágenes rodadas en 16 mm. y súper 8 para describir un viaje fantasmagórico a través del río Paraná. Con un

intencionado diseño de sonido y una elaborada texturización de las imágenes, “El rostro”, premio a la Mejor Película en el certamen, es una de las propuestas más opacas de su sección oficial y, también, uno de los títulos que más pueden resentirse de las inconveniencias del visionado online. “No intentes definirla, no servirá”, subraya el texto del palmarés. Este crítico deja aquí constancia de su particular fracaso como espectador ante esta propuesta de acentuado aliento poético que convierte lo fantástico en la doble piel de lo real.



También la idea del viaje está en el centro de “Lacrau” del portugués João Vladimiro: en este caso, el tránsito entre un espacio urbano puntuado por ocasionales zonas de misterio (la naturaleza aflorando en los intersticios de la civilización) y los paisajes rurales de Covas de Monte, registrados con una mirada que oscila entre lo antropológico, el paisajismo romántico y el asombro. La película propone un diálogo con los territorios de la otredad y puntúa su metraje con citas poéticas que establecen conexiones inesperadas, como la que mantiene esta frase

–“Y siempre alrededor los espectros silbantes vagando”– con ese intertítulo del “Nosferatu” (1922) de F. W. Murnau –“Y, al cruzar el puente, los fantasmas salieron a su encuentro”– que fascinó en su día a André Bréton. Obra de abrumadora fuerza formal, “Lacrau” logra no comprometer su poder enigmático a través de una hipnótica sucesión de imágenes tan difíciles de olvidar como la de ese solitario callejón empedrado desde el que se escucha la oración que sale de un interior o esas tomas con luz fluctuante –¿obtenida mediante efectos pirotécnicos?– de una noche en la soledad de la montaña.

(Continuará...)



JORDI COSTA

Periodista cultural desde 1981. Cine, libros, tebeos, televisión, teatro, cultura popular y otras variantes. Autor de Mondo Bulldog, Vida Mostrenca y Mis problemas con Aménabar (junto a Darío Adanti), entre otros. Comisario independiente de exposiciones



- QUÉ ES NEUPIC
- QUIÉNES SOMOS
- CONDICIONES GENERALES DE USO
- COOKIES



¿ERES UN MEDIO, AGENCIA O RESPONSABLE DE UNA MARCA? EN NEUPIC PRO TENEMOS SERVICIOS PARA

TI